

Próximo número:  
La emocionante novela

# A través del Bósforo

Genial creación de  
Mæe Murray

Asunto basado en una obra francesa.  
Amor de madre sublime.  
Triunfo de la justicia.

Postal-fotografía-regalo:  
Doris May

Precio: 25 céntimos

La Novela Semanal  
Cinematográfica

Sale todos los miércoles en toda España.

E. VERDAGUER MORERA.-TOPETE, 16.-TARRASA

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 152

25 cts.



MILAGRO DE  
JUVENTUD

por Miriam Cooper,  
Ralph Graves y Lionel Belmore  
**FilmoTeca**  
de Catalunya



# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Redacción } Via Layetana, 12  
Administración } Teléfono, 4423 A  
BARCELONA

AÑO IV

N.º 152

## MILAGRO DE JUVENTUD

Sentimental producción americana,  
según la obra de PETER B. KYNE

Interpretación de  
MIRIAM COOPER,  
RALPH GRAVES,  
LIONEL BELMORE, etc.

Superjoya del PROGRAMA REALART



Con esta novela se regala la postal-fotografía de  
GEORGE O'BRIEND



---

# Milagro de juventud

---

Argumento de la película de dicho título

---

En el misterioso y novelesco noroeste americano se alza, junto al caudaloso río que intensifica su producción, la ciudad industrial de San Lorenzo, dedicada por entero al comercio de maderas.

La primera materia la suministran con prodigalidad los extensos y poblados bosques que a San Lorenzo circundan.

El genio creador y organizador de aquella próspera industria maderera fué Héctor Mackaye, espíritu enérgico y adusto, a quien los moradores de San Lorenzo apodaban "El Huraño".

Aquel día, en la suntuosa morada de los Mackaye se esperaba el regreso de un ausente.

Este era Alberto, el hijo de Héctor Mackaye, que

volvía al lugar después de cursar su primer año de estudios en una universidad europea.

La sencillez de carácter del estudiante contrastaba con la altivez de su madre y de sus dos hermanas, a quienes lo privilegiado de su posición económica hizo orgullosas en demasía.

Un día, al caer la tarde, dos nuevos personajes—un viejo marinero y una muchacha, su nieta—tripulando una modesta embarcación, arribaron a la ciudad de San Lorenzo.

Al poner los pies en tierra, el marinero y su núbil acompañante se aprestaron a buscar un alojamiento en armonía con la humildad de sus personas, y se instalaron provisionalmente en la misma playa, frente a su barco, bajo una tienda de campaña.

Andrés Grave, el secretario de Mackaye, enteró a éste de la llegada de aquéllos, y cuando el industrial quiso conocerlos, por si le interesaba emplear los servicios de transporte que podía hacer el barco en que llegaron de Nueva York, su hijo Alberto le acompañó.

No necesita de comentario el primer encuentro de una pareja joven y agradable. Como Alberto era simpático, a Mercedes—que así se llamaba ella—le gustó mucho; y como Mercedes era lindísima, Alberto quedó enamorado.

La intensa corriente de mutua simpatía que quedó establecida desde el primer momento, no tardó en convertirse en sólida y dulce amistad.

Pasó el tiempo, y con los rendimientos que su barco y su trabajo le proporcionaban, el abuelito de Mercedes consiguió instalarse con ella en un cómodo alojamiento, una casita frente al mar.

El amor de su niñez fué en aumento en Alberto



y Mercedes, que ya eran, él todo un joven formal, y ella una encantadora doncella.

Y pasaron días y días en la ciudad industrial de San Lorenzo, felices y risueños para los que el ideal estaba allí; y monótonos e inquietadores para los que no veían con buenos ojos la ilusión de ese ideal.

Y sucedió que, alarmada por el cariz que tomaban las relaciones entre Mercedes y Alberto, doña Leonor, madre de éste, le dijo a don Héctor:

—Me parece que nuestro hijo dedica excesiva atención a esa muchacha.

—Es cierto. No me ha pasado desapercibido su interés por ella. Tu temor refleja el mío... y ya verás el remedio que yo pondré a eso...

Sin detenerse a pensar mucho el remedio con que se proponía "curar" las relaciones de su hijo con una muchacha pobre, "El Huraño" mandó a ésta la siguiente carta:

*...He sabido que posee usted una voz prodigiosa, y he decidido ayudarla. Si, como supongo, ni su abuelito ni usted se oponen a ello, yo me comprometo a costear sus estudios a fin de que logre ser una gran artista.*

Héctor Mackaye.

Pocos días después, Alberto partía para proseguir sus estudios, ya muy avanzados, en la universidad europea.

También Mercedes, aceptando reconocida la protección del padre de su amado, partió de San Lorenzo en pos de la gloria.

Y de nuevo cruzó la llanura dilatada de los mares, para encontrarse frente a la vida desconocida y erizada de peligros.

La esperanza de "llegar" en la empinada cuesta del triunfo—deseo legítimo de todo temperamento romántico con facultades artísticas... y muchas veces, más de la cuenta, sin esas facultades—, daba alientos a Mercedes, que se entregaba al estudio con entusiasmo pueril.

Mientras tanto, en otra ciudad distante, Alberto, el aplicado estudiante, sobre las páginas del libro de texto, soñaba..., soñaba... con una vida de amor de inefables venturas.

Mercedes no olvidaba tampoco a Alberto, pero poco a poco, como la serpiente que acecha en silencio su presa, los tentáculos del monstruo de la ciudad cerníanse sobre su indefensa persona...

Y un villano, sacando provecho de la ingenua "futura gran artista", cometió con ella idéntico sacrilegio al del rudo caminante que destruye impío una flor que aroma su paso...

Mercedes cayó en el error cándidamente, sin culpa. Por tal razón, lejos de ocultar su pecado al abuelito, se lo confesó, pidiéndole protección, en la siguiente carta:

*...Te juro, abuelito, que él me ha prometido casarse y cumplirá su palabra. Le espera un brillante porvenir. Mientras tanto, ¿te negarás a recibirme cuando me presente ante ti llevando en mis brazos a mi hijo?*

Mercedes.

El pobre viejo humedeció con sus lágrimas el triste escrito, y, lleno de misericordia, abrió los brazos de su corazón para no dejar desamparada a la infeliz...

El regreso de la madrecita al hogar de su abuelo



dió lugar a escenas de una fuerza emotiva inenarrable.

A pesar de la confianza en la reparación de su falta, Mercedes imploró, postrada de hinojos con su hijito ante su abuelo, su perdón.

El anciano, tartamudeando a través de sus sollozos, articuló palabras de consuelo, y la serenidad volvió al espíritu de Mercedes.

Después, el abuelito, participando, por propia necesidad, de la misma esperanza de su nieta, acarició al pequeñín, y una beatífica sonrisa asomó a los labios de la madrecita.

Cuando "El Huraño" conoció la maternidad de Mercedes, sintió que la voz del remordimiento turbaba su paz moral.

Y no había de vivir tranquila la pobre madre, habiendo en San Lorenzo una junta de comadres, presidida por la señora Grove, esposa del secretario de don Héctor y gacetrilla viviente de todos los acontecimientos sensacionales.

—Teniendo un hijo, ¿cómo es que no lleváis en vuestras manos el anillo de boda?—fuéle a preguntar en su propia casa, interrumpiéndose a sí misma en una conversación sin importancia, dicha señora Grove.

Mercedes curvó su cabeza, avergonzada, y a la presidenta de "la tijera" le faltó tiempo para enterar a sus convecinos de que la infeliz muchacha era madre sin ser esposa.

Un día festivo, dirigiéndose Mercedes a la iglesia, la señora Grove y sus chismosas compañeras asestáronle en mitad del corazón la puñalada del desprecio, y ante la hostilidad con que la miraban, en las mismas puertas del sagrado recinto de Dios, retrocedió hasta su casa para llorar en ella abrazada a su inocente hijo.

Don Héctor, que vió, al salir del templo, el corro de murmuradores que hacían trizas la honra de Mercedes, los increpó con sincero furor:

—¿Venís a que Dios os perdone o a ensañaros contra los que pecaron?

Y se disolvió el grupo, en cuyo seno no faltaban hombres...



*...y una beatífica sonrisa asomó a los labios de la madrecita.*

Un año pasó sin que por el ancho camino de las aguas llegasen noticias del seductor lejano.

Aislada entre los suyos, sin más consuelo que el amargo de sus lágrimas, vivía Mercedes resignada y triste.

Y el pequeño creció. Y la madre le llamó Alberto.



Este nombre, al pasar por sus labios, dejaba en ellos un perfume de inocente felicidad.

El mar arrojaba diariamente sobre las playas de San Lorenzo, gentes de todos los países. Pero el restaurador de la honra perdida no llegaba.

Un día, Alberto volvió a reunirse con los suyos; día de fiesta para los Mackaye, que celebraron el regreso del ausente.

Mientras todo era, aquella noche, alegría en los salones de la familia de Alberto, Mercedes, enterada de su retorno, devoraba en silencio la impaciencia que agitaba su espíritu, y las dudas atenazaban su corazón.

A la mañana siguiente, doña Leonor y sus hijas vigilaron a Alberto, y al comprender, por la dirección de sus pasos, a dónde iba, advirtieron a don Héctor:

—Como temíamos, Alberto se dirige en este momento a casa de esa desgraciada.

—No podemos evitarlo. Ya veremos cómo regresa de allí... si no se le oculta la verdad—respondió "El Huracán".

En tanto, Alberto se acercaba al hogar de Mercedes.

Al traspasar la puerta de la cerca, Albertito se le encaró con curiosidad.

—¿Eres tú mi papá?—preguntóle.

—Que yo sepa, no, niño... Y tú ¿quién eres, pequeño?

—Pues... yo soy el hijo de mi mamá.

—¡Ah! ¿De modo que tú no conoces a tu papá?

Sobre esto apareció Mercedes. El reencuentro fué delicioso para ambos. Ella fué a él con el recuerdo de su buena amistad de antaño, y él a ella con el mismo amor de entonces.

Tal vez también, por un momento, olvidóse Mercedes de su situación...

Mientras ellos hablaban, ajeno por completo Alberto a la realidad, unos vecinos los miraban con ironía.

Alberto, molesto por esa burlona contemplación, no pudo tolerarla más y dirigióse al encuentro de dichos vecinos, tomando por su cuenta al hombre, un negro estúpido.

—¿Puede usted explicarme a son de qué se ríen ustedes?

—Vamos, hombre, no sea usted necio. ¿Quién no sabe lo que es esa muchacha? Ande con cuidado. Aquí nadie quiere tratos con ella.

Alberto, desconcertado, no vió más que el insulto a Mercedes, y el rostro del negro conoció la fuerza de su puño.

El agredido aceptó la lucha, y otros vecinos se pusieron de su parte. Mas Alberto, protegido sin duda por el coloso del bien que anidaba en su corazón, salió ligeramente lesionado en una mano de la enconada pelea.

Mercedes retiróse a su casa con el alma destrozada, virtiendo lágrimas de gratitud por la nobleza de Alberto.

Este, de vuelta al hogar de ella, habló con el abuelo, que lo esperaba apesarado.

—Ignoraba que Mercedes se hubiese casado...

—No puedo ni debo engañarle, Alberto. La pobre Mercedes...—respondió el abuelo, dejándole entender lo que quería decir.

Mercedes, entregada toda a su silencioso dolor, se hallaba apoyada en el marco de una puerta del fondo de la casita.

Alberto, incrédulo de que el amor de Mercedes



hubiese sido de otro, sintió afecto y piedad hacia ella y su hijo, y, poniéndose a su lado, murmuró:

—Su abuelito acaba de descubrirme la verdad. Ha sido un golpe para mí... claro está...; pero no tema que la reproche... Yo fui siempre su mejor amigo... la conozco a usted mucho... y no puedo menos de compadecerla... y también, sí, de creerla inocente. ¡Pobrecita Mercedes! Si yo hubiera estado cerca de usted...

Miráronse los dos jóvenes a los ojos, y, al reflejar éstos sus imágenes, perláronse de tristeza...

Mercedes, agradecida, dijo dulce, muy dulce:

—Usted es, Alberto, la primera persona que tiene para mí una palabra de disculpa y de consuelo.

Aquella escena de sublime comprensión emocionó a los tres seres que la vivían, y, para cortarla Alberto rogó a Mercedes que le mostrara una prueba de sus progresos musicales.

Las palabras de Alberto sonaban en aquella humilde casa como las de un hermano. El consuelo que se desprendía de ellas rechazaba la triste realidad para mecerse siquiera unos momentos en los brazos amantes de la bondad.

Mercedes sentóse al piano y sus dedos arrancáronle suaves notas... y surgió una balada de dulce melodía que despertó en los jóvenes corazones el recuerdo de un ayer de inocencia y de ventura...

La tardanza de Alberto en volver a su casa a comer, inquietó a sus familiares, y su padre le pidió cuenta de ella al presentarse con excesivo retraso.

—Vengo de casa de Ramón Brent, con la certeza de la inocencia de Mercedes. Comprendo que, por delicadeza no me enteraron ustedes de la desgracia ocurrida a esa pobre muchacha, pero prefiero ha-

berla conocido por mí mismo. Así la he comprendido mejor.

—Espero que esa mujer no llegará a preocuparte demasiado—respondió don Héctor.

—Demasiado, no, padre.

La señora Grove, al corriente de la defensa que de Mercedes hiciera Alberto aquella mañana, la comentaba a su manera, soportando sus maliciosas suposiciones el cordero de su marido.

En su ocupación de espiar a los demás, buen motivo tenía la señora Grove para chismear acerca de las frecuentes visitas de Alberto a los Brent, a los que, no obstante la desaprobación de su familia, mostraba cada día mayor afecto, jugando un papel muy importante el niño.

—No hay duda de que esa "prójima" sólo se propone dar lugar a un escándalo cuyo inocente protagonista será el bonachón de Alberto—repetía en todas partes.

Como era fatal que ocurriese, hasta don Héctor llegaron las murmuraciones y calumnias en las que andaba mezclado el nombre de su hijo.

Y decidió adoptar una resolución que pusiese en salvo el nombre de la familia que él juzgaba amenazado.

La piedad suele ser tierra fértil para la semilla del mejor amor, y más si se la abona con deliciosas remembranzas.

Y ocurrió que, apasionados el uno del otro, Alberto rompió el dique de su prudencia.

—Te amo, Mercedes, por lo buena, por desgraciada y porque a mi amor te presentas con el alma llena de santa pureza.

Ella hubiera querido resistirse a los besos de Alberto, mas no pudo, y también sus labios besaron.



Cuando Alberto regresó aquella noche a su casa, su padre le dijo, muy severo:

—Es preciso que terminen tus visitas a esa muchacha.

—Ya es tarde, padre: el amor nos une para siempre.

—¿Serías capaz de mancillar nuestro nombre pretendiendo casarte con esa desgraciada?



*...a los que, no obstante la desaprobación de su familia, mostraba cada día mayor afecto...*

—Desgraciada... He ahí su único pecado. Y porque lo fué mucho bien merece obtener la felicidad que mi amor le ofrece.

—Tu amor es sólo insensatez a la que yo sabré poner remedio.

—Insisto en decirle muy respetuosamente, padre,

que mi corazón, al que conozco lo bastante para juzgarle, anda en juego en este asunto. Es una cosa formal.

—¡Basta! Tu necedad no tiene nombre.

Al día siguiente, "El Huraño" halló ocasión de hablar a solas con Mercedes a la puerta de la verja de su casita, sin prestar atención al juego del niño sin padre.

La tranquilidad de su conciencia dió ánimo a Mercedes para mirar a la cara al padre del hombre que la amaba, y así hablaron:

—He querido advertirla de que en la ciudad se comentan con escándalo las estrechas relaciones entre usted y mi hijo. Todo el mundo sabe que usted no puede casarse...

—Comprendo, señor Mackaye. Yo no tengo derecho a que nadie me quiera... Y sin embargo... pero, en fin, me resignaré.

—Gracias... Es por el bien de mi hijo... y de usted misma... que se impone una ruptura total.

Así desvaneciéndose cruelmente el sueño de Mercedes, y cuando aquella noche Alberto se presentó en casa de su amada, ella trató de alejarle de su mente el proyecto que había concebido de tomarla por compañera.

—Nunca, Alberto, consentirá su padre que yo sea su esposa.

—Sí, Mercedes. Mi amor es más fuerte que todo y que todos. El sabrá vencer cuantos obstáculos surjan en su camino. Inútil esfuerzo será tratar de separarnos.

—Sea usted razonable, Alberto, y déjeme a mí serlo. No debemos continuar nuestras relaciones. Digámonos adiós esta misma noche.

—No, Mercedes.



—Si verdaderamente usted me ama, hágalo. Su padre se alegrará y no debe usted enojarle.

—Usted me quiere también, Mercedes, y yo sabré por qué me habla usted así esta noche.

—No debe usted verme más.

—Sólo haría eso si usted me dijese que no me ama.

—No, no puedo amarle, Alberto...



—*Todo el mundo sabe que usted no puede casarse y...*

Alberto entristeció, sin poderlo remediar, y Mercedes, sobreponiéndose al dolor profundo de su corazón, renunció a su sueño de felicidad para sumergirse de nuevo en su callado abandono, infinito y amargo como el mar que meció su cuna.

Al quedar sola, hizo vibrar en las dormidas te-

clas del piano— para derramar en su alma un poco de consuelo—, aquella dulce balada que una noche Alberto escuchara tembloroso de emoción.

En la habitación inmediata el abuelo dormitaba en un sillón, apoyando su diestra en un cayado.

Albertito, a quien Mercedes había ya acostado, levantóse para jugar un rato con el carifoso anciano, y cuantas veces trató de despertarle y de hacer sostener su mano derecha en el cayado, otras tantas no lo logró.

Mercedes acudió al lado de sus dos queridos seres, y con el pavor que se supone reconoció que la vida de su abuelo acababa de extinguirse.

El pobre viejo había muerto sin molestar a nadie, como vivió sufriendo en silencio por los sufrimientos de los demás.

El marinero que ayudaba al difunto, al recibir la inesperada noticia de la repentina muerte de su patrón, fué en seguida a prevenir a Alberto a su casa, voluntariamente:

—El señor Brent acaba de morir de un ataque al corazón y he creído mi deber venir a decirselo... por la señorita Mercedes... ¡Ha quedado tan sola!

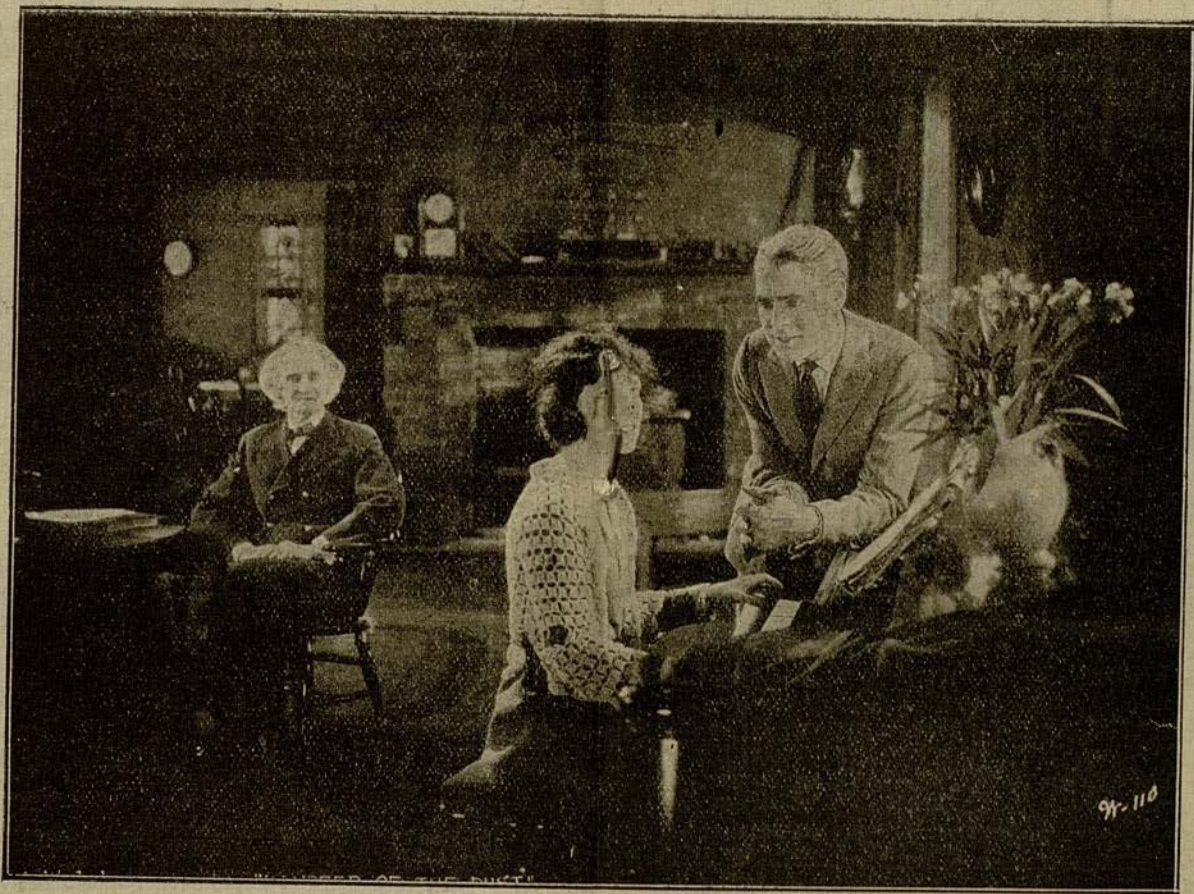
Enterados los padres y hermanas de Alberto de lo que ocurría, y en vista de la actitud que tomaba éste, las mujeres se opusieron a que el joven se ausentara a aquella hora para acudir de nuevo al lado de Mercedes.

—¡Se te ha prohibido volver a aquella casa, Alberto!—le dijo su madre.

En cambio, don Héctor, haciendo prueba esta vez de un poco de humanidad, aplaudió la intención de su hijo:

—En esta ocasión nada debe importarte lo que las gentes murmuren, Alberto. Tu deber es consolar a esa muchacha.





97-110

*...y surgió una balada de dulce melodía que despertó en los jóvenes corazones el recuerdo de un ayer de inocencia y de ventura...*



Y dulce e inestimable bálsamo de consolación fueron para Mercedes las palabras de afecto y de piedad sincera que pronunció Alberto.

Y hasta el mar, tenuemente iluminado, pareció calmarse para llorar en silencio la muerte del viejo marinero.

Sacado que fué el cadáver de la casa, Mercedes encerró en una caja las ropas y efectos del llorado abuelo, acompañando esa operación fervorosas plegarias.

Simultáneamente, en la suntuosa morada de los Mackaye, don Héctor arrancaba a su hijo de su profunda meditación.

—Ya has cobijado por bastante tiempo sueños imposibles en tu corazón. Preciso es volver a la realidad, Alberto.

—No puedo apartar un momento mi pensamiento de Mercedes, padre.

—Ha sido tu primer amor y acaso por ello dejó tan honda huella en tu alma. Pero hay que ser fuerte y portarse como hombre.

—; Es imposible, padre, que yo renuncie a ella!

—Pues yo afirmo que prefiero tu muerte a un matrimonio deshonoroso.

—No esperaba tanto rigor de usted, lo confieso...

—Acepta mi voluntad, hijo mío. Pasarás una temporada en los bosques y es seguro que allí te abandonará para siempre el recuerdo de esa muchacha.

Pero Alberto, no obstante la voluntad manifiesta de su padre, sentía que su amor era más fuerte que sus deberes filiales, y era seguro que le desobedecería.

Reunido con Mercedes, Alberto le expuso el proyecto de su padre de alejarlo de San Lorenzo una temporada, y ella, dispuesta a no estorbar la feli-

cidad de su amado con sus padres, se dispuso al sacrificio de renunciar para siempre a él.

—Vuelva a su casa—le contestó—y diga a su padre que soy yo quien se marchará de aquí para que usted pueda olvidarme.

Entonces, Alberto, completamente decidido a seguir el dictado de su corazón, le prometió no abandonarla.



—Volveré, Mercedes, a mi casa, pero será para expresar a mi padre el firme propósito de unirme para siempre contigo.

—Volveré, Mercedes, a mi casa, pero será para expresar a mi padre el firme propósito de unirme para siempre contigo.

No obstante aquella enérgica réplica, Mercedes comprendió que había llegado la hora de la sepa-



ración definitiva, y sólo por su hijito no deseaba la muerte para acabar con sus atroces sufrimientos.

La decisiva entrevista que Alberto celebró con su padre, dió por resultado, tras grandes esfuerzos, por imposición "a prueba", su partida a los bosques.

Después de una semana de ausencia, y convencido de que no podía vivir sin ella, Alberto huyó de su destierro a defender hasta morir el amor que querían arrebatárle.

Mas mientras él corría en busca de Mercedes, ella, como consecuencia de una nueva visita de don Héctor, y a presencia de éste, salía de su casa, con su hijito, para no volver más.

—Mi gratitud será eterna, Mercedes, por el sacrificio que se impone. ¿Puedo hacer algo por usted?—dijo el egoísta ricacho, mostrándole discretamente un talonario de cheques.

—Gracias. No necesito nada—respondió Mercedes.

Y a la misma hora en que Alberto llegaba a la casa abandonada, gritando el nombre de la fugitiva a todas las habitaciones, Mercedes subía al tren que la habría de conducir lejos, muy lejos.

Al convencerse de la huída de la mujer amada, Alberto, no pudiendo soportar el dolor en que estallaba su corazón, cayó al suelo privado de sentido.

Gravemente enfermo, en peligro su razón, Alberto fué conducido al hospital de San Lorenzo.

Idolo de su familia, la enfermedad de Alberto atribuló a todos los suyos, que no se separaron un momento de su lecho desde que entró en la benéfica casa.

Doña Leonor, ante la impotencia de la ciencia

para salvar a su hijo, se entregaba a la desesperación.

Fué preciso apartarla, con sus hijas, a otra habitación.

El diagnóstico que el doctor pronunció a don Héctor era por demás alarmante. Alberto estaba muy grave y se temían invencibles dificultades de orden netamente moral.

Amigo de la familia Mackaye, y por tanto al corriente de la causa del desvanecimiento de Alberto a la puerta de la casa de Mercedes, el doctor encargado de su curación visitó a Grove, el secretario de don Héctor, para decirle:

—El hijo de su patrón morirá si usted no me ayuda a encontrar a Mercedes Brent. Ella sola puede salvarlo.

—Imposible. No hay quién sepa a dónde se ha dirigido esa muchacha—respondió, muy afligido, el buen hombre—. Si yo lo supiera, a estas horas ya sabría ella cómo se encuentra ese muchacho.

Y llegaron las horas terribles de una prolongada agonía.

Un solo nombre pronunciaba el moribundo en su delirio: ¡Mercedes!

Y "El Huraño" sintió por vez primera un hondo desprecio por todas sus riquezas y todo su poder inútiles para salvar la vida del hijo amado.

Gruesas lágrimas rodaron por sus curtidas mejillas, y cada una de ellas lo envejecía, tal era su amargura.

Mientras tanto, en la lejana ciudad de Nueva York, Mercedes hacía frente de nuevo a la vida sin más apoyo que el de sus débiles fuerzas.

Pidió empleo en un teatro de varietés, y, a la hora del ensayo, triunfó su voz al entonar, palpitante de



ternura, la dulce balada que arrulló el nacimiento de su amor imposible.

Y hasta pareció que el enfermo sentía que los ecos de la canción inolvidable rozaban su frente calenturienta con un temblor de invisibles alas.

Tan pronto llegada a la inmensa ciudad, Mercedes escribió al marinero que cuidaba del barco de su pobre abuelo, dándole sus señas por si tenía algo particular que comunicarle.

Ese marinero tuvo la feliz ocurrencia de ir a anunciar a Grove la llegada de esa carta, y el bueno del secretario de don Héctor abrazó al portador de tan grata noticia y le puso en los labios un estupendo cigarro, cosa esta que al lobo de mar plugo más que lo otro.

Grove corrió en el acto al hospital, deseoso de comunicar la salvadora nueva. Para hacerlo a don Héctor, se previno así:

—El doctor me dijo que el señorito Alberto no anda bueno de salud. Vamos... parece que está agonizando.

—Sí... ¿qué?...

—Perdone, don Héctor. Pero también me dijo el doctor que la única persona que podía hacer el milagro de devolver la salud al enfermo era la señorita Mercedes Brent.

—¿Eh?...

—Sí, señor... Y como da la casualidad que yo sé dónde esa señorita puede ser encontrada...

Don Héctor rechazó la solución de avisar a Mercedes para salvar a Alberto, por puro egoísmo, por malsano prejuicio.

—Si ella le salva, el amor de Alberto se trocará en veneración. Es preciso luchar aún—dijo.

Pero la vida del enfermo se extinguía paulatina-

mente, como la llama parpadeante de la bujía que iluminaba la triste habitación.

No satisfecho por la acogida que a sus noticias dispensó don Héctor, Grove quiso comunicarlas a otras personas idénticamente interesadas en la salud del joven enfermo.

Eran esas, como se supone, doña Leonor y sus dos hijas.

Grove las enteró de la actitud tomada por don Héctor al conocer el medio de salvar a Alberto, y doña Leonor contestó apresuradamente:

—Pues yo acepto esa última esperanza con el pensamiento fijo en Dios. Pedid conferencia telefónica con Nueva York.

Y temblaba ante la idea de que Mercedes se negase a acudir a su llamamiento.

A poco, en Nueva York, una inopinada llamada telefónica despertó a Mercedes de su vago sueño.

—¿Quién?... ¿Cómo?... ¿La señora Mackaye?... ¿Qué ocurre?

—¡Alberto, mi hijo, se muere! ¡Sólo usted puede salvarlo! ¿Se negará a venir?

—¡Corro a su lado!—respondió Mercedes con trémolo en la voz.

Grove se puso luego al aparato, pues doña Leonor no podía hablar más, y dijo a la excelsa muchacha:

—Encontrará un billete para usted en la estación de Pensilvania. Salga usted en el primer tren.

.....

Quando el buen Grove regresó a su hogar, su "costilla" le recibió en son de guerra.

—¿Dónde has estado, infame? Acabo de enterarme en teléfonos de que eres cómplice en la vuelta de la desvergonzada Mercedes a esta casta población.



Aquel insulto a la desgracia ajena concluyó con la mansedumbre tradicional del paciente esposo, y menos mal que la chismosa compañera tomó las de Villadiego hasta que pasara la tormenta, que si no...

En torno de la hora de llegada del tren que conduciría a la que había de traer la salud al enfermo, hallábase junto a éste toda su familia en la más angustiada espera.

Don Héctor ignoraba el aviso dado a Mercedes, y su preocupación no era otra que la de asistir a un cambio brusco en el curso de la dolencia de su hijo.

De pronto apareció Grove, a quien doña Leonor preguntó si la salvación estaba ya allí.

—¡No ha llegado, señora, no ha llegado!—respondió el secretario.

—¡Dios mío, apiádate de nosotros!—exclamó la acongojada madre.

Y la luz de la estancia, que parecía marcar la duración de la vida del enfermo, se hallaba próxima a extinguirse.

Sin embargo, la mensajera de paz y de salud había llegado. Grove, en su afán de encontrarla, no supo verla...

Don Héctor fué solo en recibirla. Su esposa y sus hijas esperaban en otra habitación.

Al verla allí, con su hijito dormido en sus brazos, "El Huraño", violento consigo mismo, le objetó:

—¿Por qué ha venido, señorita?

—La señora Mackaye me llamó, y ni pude negarme a la súplica suya ni a los impulsos de mi corazón.

No dijo más Mercedes, y, entregándole el niño a don Héctor, que lo cedió luego a Grove, que no

volvía de su asombro al encontrar en la antecámara del enfermo a la que escapó a su vigilancia en la estación, entró a ver a Alberto.

La luz fatal ya agonizaba. De súbito, con temblorosa voz, Mercedes pronunció el nombre del amado y se le ocurrió entonar la dulce melodía de la balada que los uniera moralmente...

Al conjuro musical alborearon de esperanza los corazones angustiados.

La estancia donde el enfermo agonizaba pareció llenarse de un intenso perfume de juventud y de vida.

Y sonrió el moribundo...

Y los brazos se extendieron con deseo ferviente de atraer hacia sí el milagro de amor y juventud que alrededor del lecho desplegaba sus alas de armonía.

Pero las lágrimas más puras entre todas brotaron de los ojos de la infeliz Mercedes, a quien, sin reconocerla, besaba Alberto con adoración...

Una semana después, Alberto pudo abandonar el hospital.

La mensajera de salud quiso ser testigo del milagro de juventud por ella misma realizado, y sus manos quisieron ofrecerle unas flores.

Mas, ajena a ello, tropezó con la ingratitud de los que le debían la paz de sus corazones.

—Me parece, señorita, que a mi hermano le conviene seguir ignorando la presencia de usted en la ciudad—le dijeron, en la antecámara del convaleciente, las dos hermanas del mismo.

Y doña Leonor, así que la vió:

—No piense que la rechacemos, señorita, pero crea que nuestro agradecimiento sería completo si cuanto antes volviese a abandonar la ciudad.



A todo lo cual añadió don Héctor, estrechándole la mano nerviosamente:

—La felicidad de Alberto lo exige, Mercedes.

Las flores que la joven llevaba se desprendieron de sus manos, y cuando resignada, como eterna mártir, al nuevo sacrificio, se disponía a recogerlas del suelo, pasó Alberto por su lado... y no la vió.

Aquella misma noche, en la morada de los Mackaye, la esposa y las hijas del "Huraño" fueron sorprendidas por Alberto en plática que le interesó oír.

—Tengo la certeza de que esa desdichada Mercedes no abandonará San Lorenzo hasta que nosotros la obliguemos a ello—dijo una de sus hermanas.

Aquí, Alberto las interrumpió, agradeciéndoles su indiscreta charla que le había permitido conocer la verdad.

—Mi corazón me decía que ella estaba aquí, puesto que yo recobré la salud. Ahora, nada ni nadie podrá separarme de ella—afirmó.

Don Héctor, sorprendiendo a su vez a su hijo, tomó cartas en el asunto con su habitual rudeza por insensato egoísmo.

—Te ordeno por última vez que renuncies a ese amor indigno de quien lleva mi limpio apellido. De lo contrario...

Alberto se mantuvo firme en su decisión, y don Héctor, presa de cólera, le señaló la puerta.

Ni el temor a la miseria fué obstáculo bastante para vencer el ánimo de Alberto.

Viéndole partir, doña Leonor y sus hijas trataron de disuadir a don Héctor de su extremado castigo.

—¡Es nuestro hijo, Héctor, y le dejás abandonar para siempre esta casa!—clamaba la esposa.

—¡Yo le obligaré a volver!—prometió "El Huraño".

En tanto, Alberto se acercaba a la casa de Mercedes, quien se preparaba para marcharse en el primer tren, que salía al poco.

—Es él—se dijo, reconociendo los pasos de Alberto frente a su hogar.

Titubeó. El resultado de su reflexión fué el de



*Alberto se mantuvo firme en su decisión, y don Héctor, presa de cólera, le señaló la puerta.*

alejarse por la puerta trasera de la casa... y no verle más.

Alberto entró en la morada antes de que Mercedes hubiera salido de ella, y ésta lo habría hecho aún en la obscuridad, de no haber descubierto su presencia allí el aviso de Albertito:



—¡Aquí estamos mamá y yo!

—¡Ilumíname, Señor! ¡Se trata de la felicidad de mi hijo!—murmuró Mercedes al estrecharla Alberto entre sus brazos.

Al día siguiente, don Héctor recibió el rudo golpe de la noticia del casamiento de su hijo con Mercedes efectuado al amanecer, y masculló:

—¡Jamás reconoceré ese matrimonio!

Pasó un año.

La felicidad en el hogar de Alberto era sol que nunca se eclipsaba.

Para ganar el sustento de los suyos, Alberto partió a los bosques dejando sola a Mercedes cuando un nuevo ser alentaba ya en las entrañas de ella.

Un día, yendo de compras, Mercedes vió a doña Leonor y a las hermanas de Alberto, y éstas a su vez supieron, por la muestra de una chambrita que la primera sostenía en sus manos, que iba a ser madre.

Ese temido encuentro agotó las ya escasas energías de Mercedes, pero la piedad que siempre se le negara le abrió entonces los brazos.

El anuncio de la maternidad de la esposa del hijo y hermano, respectivamente, venció el orgullo de la opulencia.

Algunos días después, Grove, más alegre que un cascabel, anunciaba a don Héctor:

—Tengo el honor de participaros, don Héctor, que sois abuelo de un precioso angelito. El niño ha nacido mientras Alberto está en los bosques haciendo vida de rudo leñador.

—¿Y a mí qué me importa todo eso?—gruñó el abuelo, faltando a la verdad.

Grove calló... pero él sabía lo que sabía y, a solas, se puso a cantar La Marsellesa.

¿Sería cierto que “el día de gloria había llegado?”

Por lo pronto, ocultando su emoción, “El Huraño” partió en busca del hijo que trabajaba como simple asalariado en la gigantesca explotación forestal que él mismo—don Héctor—fundara y dirigía.

Atravesó el río en canoa, pero una avería del motor le obligó a detenerse en el lugar más peligroso, donde se efectuaba la descarga en pendiente de los troncos de los árboles derribados.

Ignorante de quien ocupaba la canoa, Alberto fué el primero en descubrir el inminente peligro que corría la embarcación, y gritó con todas sus fuerzas para que se apartara de allí.

Sus gritos no llegaron a destino, y lo fatal acaeció: una avalancha de árboles destrozó la canoa, quedando dentro de ella, sumergida completamente, don Héctor.

Sin vacilar un instante, Alberto se arrojó al río y ayudó a salir a flote a su propio padre, lográndolo temerariamente.

Cuando llegaron sanos y salvos a la superficie, padre e hijo se contemplaron con asombro.

Aquella muda escena fué de una emotividad inefable.

Después, silenciosamente, don Héctor y Alberto emprendieron el regreso a la ciudad.

Y al llegar al hogar del hijo, el abuelo del niño que aun no conocía su padre vaciló entre entrar, como señal de reconciliación, y alejarse...

Pareció decidido a optar por lo último, mas, cuando se disponía a hacerlo, los vagidos del tierno infante, la voz de la sangre, vencieron su amor propio.

Alberto, loco de contento al oír al hijo de su vida, miró con infinita dulzura a su padre, y éste,



arrepentido de su dureza de antaño, le tendió los brazos llorando de emoción.

Alberto se apretó contra el fuerte pecho de su padre, y arrodillóse luego confundido.

—; No, no, hijo mío, aquí no; a mis brazos! ; Eres un hombre!—exclamó "El Huraño", que en aquel momento acababa de perder tal mote.

Y juntos entraron en la casa donde reinaba el



*Y he aquí cómo la santa juventud realizó un nuevo milagro.*

amor, y la magnífica madre y el precioso rorro fueron objeto de su ferviente adoración.

—Se parece a mí, ¿no es cierto?—dijo el abuelo, refiriéndose al chiquillo. ¿Cómo le llamaréis? ¿Quién será el padrino?

Y Mercedes, que creía soñar, sonrió, y dijo:

—Se llamará Héctor... y usted lo apadrinará.

Aquella escena tenía ocultos testigos. Los conocíamos ya desde el día en que Mercedes desmayóse en una tienda...

¿Quién sino doña Leonor y sus dos hijas, que, ocultamente de don Héctor, visitaron y ayudaron desde entonces a Mercedes?

—¿Me engañabais, eh? Salid, salid—dijoles el dichoso abuelo.

Y he aquí cómo la santa juventud realizó un nuevo milagro: encender en los corazones contaminados de egoísmo, la llama purificadora de aquel inocente amor que con sus labios, fragantes aun de celestiales mieles, sonreía por vez primera a la vida.

FIN

Prohibida la reproducción

Este número ha sido sometido a la censura militar.



No deje usted de comprar

el 13.º libro de la  
BIBLIOTECA

*Los Grandes Films*  
de

LA NOVELA SEMANAL  
CINEMATOGRAFICA

# PARIS...!

Precioso cinedrama moderno  
que refleja las múltiples facetas  
sociales de la Ciudad-Luz.

Verismo - Emoción - Sentimiento

128 páginas de texto — 30 fotografías

Precio popular: UNA PESETA

¡ÉXITO ENORME!